

ción, resulta unánime... Todos toman parte en él, y exceptuando un número imperceptible, todos quieren lo mismo.

Fué un acuerdo unánime, sin reservas y creó una situación muy clara; de un lado la nación, de otro el privilegio. Y en la nación no se notaba ninguna distinción posible ni separación entre el pueblo y la burguesía ni entre los cultos y letrados y los ignorantes. Las letras sólo hablaron y escribieron, pero escribieron el pensamiento de todos. Los cultos formularon las peticiones comunes y, con noble desprendimiento, aquellas peticiones interesaban más á la masa muda que á ellos.

¡Ah! ¿En el porvenir quién no se sentirá conmovido al recordar este momento sublime que fué punto de partida? El momento fué breve, pero en él fué engendrado el ideal, donde tendremos siempre concentrada la esperanza del porvenir...

¡Sublime acuerdo en que las nacientes libertades de cada clase social, más tarde opuestas, se abrazaron tan tiernamente como hermanos en la cuna!...

Esta unión de clases diversas, esta gran aparición del pueblo, en su formidable unidad, llena de espanto á la corte, haciéndose los últimos esfuerzos cerca del rey para decidirle á faltar á su palabra. El comité Polignac había imaginado para amedrentarle, poniéndole entre dos temores, hacer escribir y firmar á los príncipes una carta audaz en la que amenazaban al rey, presentándose como jefes de los privilegiados, hablando de negación de impuestos, de divisiones, casi de la guerra civil.

¿Pero cómo hubiera podido el rey impedir la reunión de los Estados? Pedida por los parlamentos y los notables, prometida por Brienne y por Necker, debían, al fin, los estados reunirse el 27 de Abril. Se aplazó la apertura para el 4 de Mayo... ¡Prórroga peligrosa! A las voces que se elevaban uniéndose una nueva, que no se había querido escuchar durante todo el siglo XVIII, la voz de la tierra... de la tierra desolada, estéril, negándose á sustentar al hombre... El invierno había sido terrible, el estío fué una prolongada sequía; la tierra no produjo nada; el hambre comenzó. Los panaderos, cuyas tiendas peligraban, ante la multitud amotinada y hambrienta, denunciaron á varias compañías acaparadoras de cereales. Sólo una cosa contenía al pueblo, obligándole pacientemente á ayunar y esperar: la reunión de los Estados generales. Vaga esperanza, pero esperanza, al fin, que alentaba y sostenía; la próxima Asamblea era un Mesías; bastaría que hablase para que las piedras se tornaran panes.

Las elecciones, ya retrasadas, lo fueron mucho más en París, donde se celebraron las vísperas de la reunión de los Estados. Creíase que la mayoría de los diputados no asistirían á las primeras sesiones, pudiéndose asegurar la separación de los tres órdenes, dando así mayoría á los privilegiados.

París fué ocupado militarmente; por las calles desfilaban sin cesar

patrullas de soldados; los locales donde la elección había de celebrarse fueron rodeados por las tropas, que cargaban sus armas delante de la multitud.

Ante estas demostraciones, que parecían buscar un pretexto de algarada, los electores se mantuvieron serenos y firmes. Apenas se reunieron las masas, fueron destituidos los presidentes nombrados por el rey. En sesenta distritos sólo tres de aquéllos fueron reelegidos, haciéndoles declarar antes que presidirían como elegidos del pueblo. Grave medida; primer acto de la soberanía nacional, que era en efecto lo que todos deseaban, lo que todos querían establecer. Las cuestiones de dinero, de reformas, quedaban postergadas. No existiendo derecho constituido ¿qué garantías, qué reformas serias podían esperarse?

Los comisarios nombrados por estas asambleas de distrito trataron precisamente de hacer la misma obra. Eligieron presidente al abogado Target, vicepresidente á Camus, el abogado del clero; secretarios al académico Baylly y al doctor Guillotin, un médico filántropo.

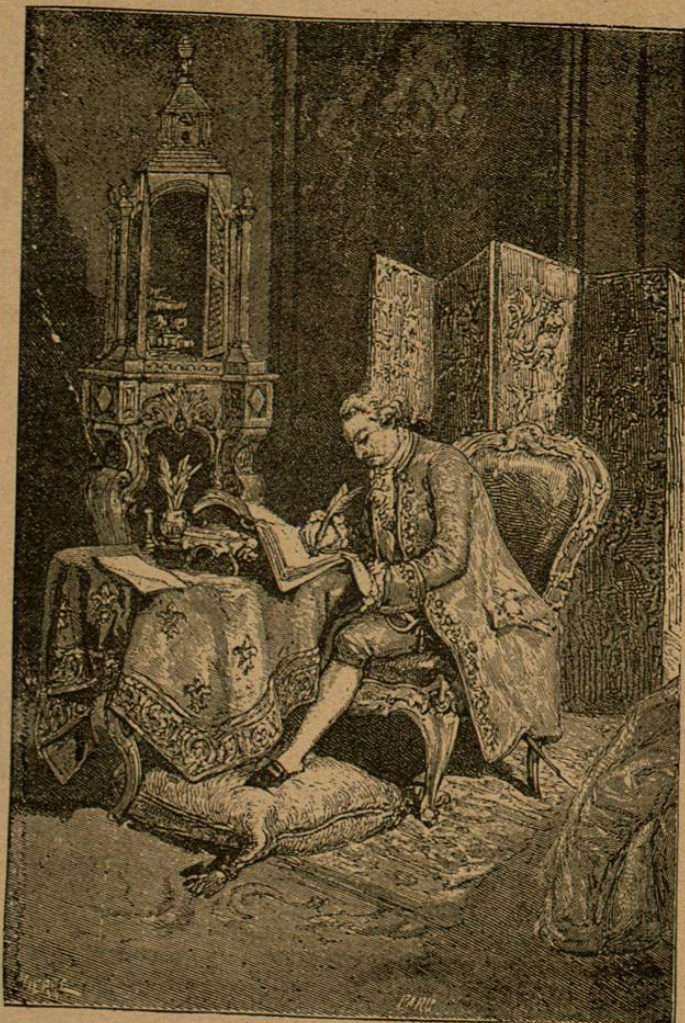
La corte quedó asombrada de la decisión, firmeza y homogeneidad con que procedieron veinticinco mil electores primarios tan nuevos en la vida política. No hubo ningún desorden. Reunidos en las iglesias, sintieron la emoción de la misión santa y grande que cumplían. Los acuerdos más osados, la destitución de los presidentes designados por el rey, se realizaron sin alboroto, sin gritos, con la vigorosa sencillez que da el conocimiento del derecho.

Los electores, bajo un presidente de su elección, iban á proceder á la fusión de uno sólo de los legajos de cada distrito, y al comenzar la redacción acordaron por consejo de Sieyès la utilidad de colocar al comienzo del documento una declaración de los derechos del hombre. En medio de este delicado y difícil trabajo metafísico, una algarada terrible los interrumpe. Era la multitud alborotada que venía á pedir la cabeza de uno de sus colegas, de un elector, Reveillon, fabricante de papel del barrio de San Antonio. Reveillon se había escondido; el tumulto tomaba incremento. Era el 28 de Abril. Los Estados generales, convocados para el 27, habían sido aplazados hasta el 4 de Mayo. Si el motín duraba se corría peligro de que fuese tomado por pretexto para un nuevo aplazamiento.

Propagar el motín hubiera sido facilísimo en aquella población hambrienta. Había circulado en el barrio de San Antonio el rumor de que Reveillon, viejo obrero enriquecido, había dicho que haría bajar los jornales á tres reales, y la gente, al saberlo, pedía que se le condecorara con la orden del cordón negro, que se le ahorcara, en suma. El motín estalla. Un grupo ahorca una efigie de Reveillon en la puerta de su casa y luego, clavada en una pica, la pasea, la lleva á la Greve, la quema en una hoguera bajo las ventanas del Hotel-de-Ville, en presencia de la autoridad municipal, que permanece impasible. Esta autoridad y las demás, tan vigilantes antes de las elecciones, parecen dormidas. El jefe de

policía, el preboste Fleselles, el intendente Berthier, todos aquellos agentes de la corte que rodearon las elecciones de soldados, han perdido su actividad.

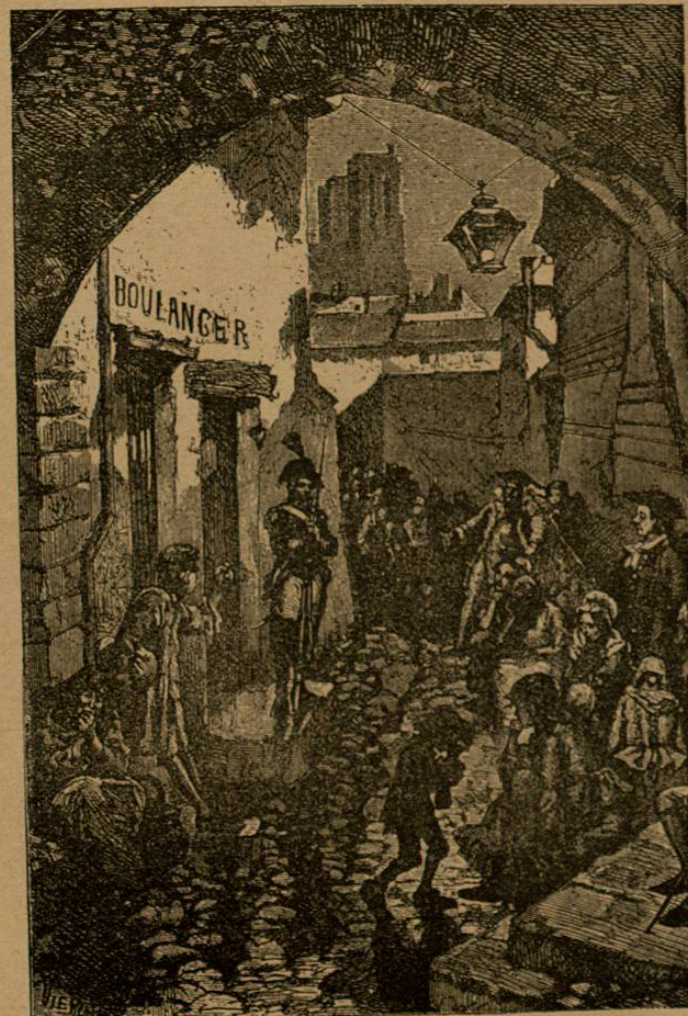
La multitud amotinada ha gritado muy alto que al día siguiente



El rey firma tristemente y copia en su libro rojo: «A madame... 500.000 libras.» (Pág. 47)

iría á casa de Reveillon á hacer justicia. La policía no toma precauciones. El coronel de las guardias francesas envía espontáneamente treinta hombres, recurso ridículo por lo exiguo ante una multitud compacta de mil ó dos mil amotinados y de cien mil curiosos que van á casa de Reveillon á cumplir su palabra. Los soldados no quieren, no pueden hacer

nada. La casa es tomada por asalto, se destroza y se incendia todo. Nada se encontró después, excepto quinientos lises de oro. Muchos se instalaron en las bodegas y se bebieron el vino y los colores de la fábrica, que tomaron por vino. Cosa increíble; la escena bochornosa dura todo el



Los panaderos cuyas tiendas peligraban ante la multitud amotinada y hambrienta (Pág. 66)

día. Fijáos en que ocurría á la entrada misma del barrio de San Antonio, al alcance del cañón de la Bastilla, á la puerta de la fortaleza. Reveillon, que se había refugiado en la Bastilla, presenciaba el motín desde las torres de la prisión.

De rato en rato aparecía alguna compañía de guardias franceses

que disparaban con pólvora sola al comienzo y luego con balas. Los amotinados no hacían caso y contestaban con piedras, únicas armas de que disponían. Tarde, bastante tarde, el comandante Besenval envió á los suizos; los amotinados resistieron todavía y mataron algunos soldados; éstos respondieron con algunas descargas asesinas, que dejaron sobre el arroyo muchos heridos y muertos.

Si durante estos dos días en que los magistrados durmieron y Besenval se abstuvo de enviar tropas, el barrio de San Antonio hubiera seguido é imitado al grupo que saqueaba la casa de Reveillon, si cincuenta mil obreros sin trabajo, sin pan, imitando aquel ejemplo, se hubieran entregado al saqueo de las casas ricas, todo hubiera cambiado de pronto; la corte hubiera tenido un excelente motivo para concentrar un ejército sobre París y sobre Versalles, un pretexto para aplazar la reunión de los Estados. Pero la gran masa del barrio permaneció impassible, sin mezclarse en el motín. La algarada, reducida de este modo á algunos centenares de borrachos y ladrones, era vergonzosa sólo para la autoridad que la toleraba. Al fin Besenval comprendió el ridículo que hacía y acabó con el motín bruscamente. La corte vió con desagrado su conducta; no se atrevió á quejarse, pero tampoco le dijo una palabra de aprobación.

El parlamento, por honor suyo, se vió obligado á abrir una información, que nada puso en claro. Se decía, sin pruebas para ello, que el rey recomendó no se investigara en el asunto.

¿Quiénes fueron los instigadores? Acaso nadie. En los momentos de tormenta el fuego se enciende y propaga solo. No se dejó de acusar al «partido revolucionario.» ¿Qué partido era este? no había entonces ninguna asociación activa.

Se dijo también que el duque de Orleans había dado dinero. ¿Para qué? ¿Qué ganaba con ello entonces? El gran movimiento que comenzaba ofrecía á su ambición demasiados caminos legales para que en aquella época tuviera necesidad de recurrir al motín. Es verdad que estaba en relaciones con intrigantes dispuestos á todo; pero su plan entonces se basaba únicamente en los Estados generales; aquellos mismos que le rodeaban estaban convencidos de que siendo el único príncipe popular, habría de desempeñar el principal papel en los Estados, y todo suceso que pudiera retardar su reunión les parecía una verdadera desgracia.

¿Quién deseaba retardar los Estados? ¿Quién encontraba provecho en aterrorizar á los electores? ¿A quién convenía el motín?

Sólo á la corte; preciso es declararlo. El asunto se le ofrecía tan oportunamente, que podría creerse que era ella el autor. Más probable es que no tuviera parte en el comienzo de la algarada, pero es indudable que la vió vigorosa, que no hizo nada para impedirla y que sintió que concluyera. El barrio de San Antonio no tenía entonces su terrible reputación; el motín, bajo el cañón mismo de la Bastilla, no parecía peligroso.

Los nobles de Bretaña habían dado el ejemplo, turbando las operaciones legales de los Estados provinciales, alborotando á los campesinos, lanzando contra el pueblo un populacho de sirvientes y lacayos.

En París mismo, un periódico, *El Amigo del Rey*, días antes de las elecciones, pocos días antes del motín, ensayaba los mismos medios, diciendo hipócritamente: «¿Qué importan las elecciones?; el pobre será siempre pobre; el porvenir de la parte más numerosa del reino está olvidado, etc...» Como si los primeros resultados de la Revolución, que comenzó con aquellas elecciones, la supresión del diezmo y de los consumos, la venta á bajo precio de la mitad de los terrenos no hubieran producido la más súbita mejora de la suerte de los pobres, que país alguno ha conocido.

En la mañana del 29 de Abril todo estaba tranquilo. La asamblea de los electores pudo renovar sus trabajos tranquilamente. Duró la reunión hasta el 20 de Mayo, y con el retraso de la convocatoria la corte obtuvo la ventaja que deseaba, logrando impedir que la diputación de París asistiera á las primeras sesiones de los Estados generales. El último elegido de París y de Francia era, á juicio de la opinión, el primero de todos, quien de antemano había trazado á la Revolución una marcha tan recta y sencilla, que desde el comienzo se conocían uno á uno los pasos que había de dar. Este hombre era Sieyes, y su obra marchaba majestuosa, pacífica y firme, como la ley.

Sólo la ley iba á reinar; después de tantos siglos dominando el arbitrio y el capricho, llegaba el tiempo en que nadie tendría razón contra la razón.

¡Que se abran, que se reunan y hablen los Estados generales! ¡Quiénes los convocaron, y que ahora desearían su exterminio, no pueden hacer ya nada! Es el Océano alborotado por la tempestad, por causas infinitas, profundas, surgiendo del fondo de los siglos... Oponéos, si queréis. Para ello todos los ejércitos del mundo y el dedo de un niño tendrían la misma fuerza... La Revolución marcha; Dios la impulsa... ¡Es la justicia tardía, la expiación del pasado, la salvación del porvenir!

